

Un pedagogo español.

Narganes de Posada.

Entre las varias formas de la investigación histórica, pocas podrán alcanzar mayor valor en nuestra patria que la que se dirige a levantar del olvido a aquellas figuras preclaras de nuestra raza que trabajaron intelectualmente con el brillo peculiar de los cerebros privilegiados y para las que la posteridad no reservó el lugar que merecían en la historia del desenvolvimiento intelectual.

A este fin se dirigen estas páginas, escritas por un maestro de hoy para honrar a un educador de ayer. Si al historiar las diferentes ramas del intelecto español se notan vacíos pavorosos que ofrecen al patriota joven y culto, ancho campo de investigación, de una manera particular se sienten estas lagunas cuando se trata de historiar las ideas pedagógicas de nuestro país y de conservar el recuerdo de los educadores que las sustentaron y de las escuelas en que se realizaron.

Levantar el velo que nos oculta nuestro pasado pedagógico, es labor meritoria a la que los jóvenes que sientan predilección por los estudios pedagógicos deberán dedicarse, sin sentir desmayos, ni esconder su pereza en modestos razonamientos y en débiles protestas de poquedad intelectual.

Lo ha dicho con su pluma maravillosa el portento de la Histología Ramón y Cajal: «La ciencia como los ejércitos, necesitan generales y soldados; aquellos conciben el plan, pero estos son los que positivamente ganan la batalla».

Y a guisa de soldados, y como trabajo que había de poner fin a nuestra carrera, hace ocho años que pusimos nuestros anhelos en conocer cuanto nos fuera posible hallar de un español de fines del siglo XVIII y comienzos del XIX que se llamó Narganes de Posada, educador, escritor, político, fraguador de conspiraciones y militante ingénuo del liberalismo, pe-

riodista de los que fundaron la recia estirpe del periodismo español... y siempre patriota recio y siempre maestro exaltado y siempre lamentando el dolor de la raza, sin dejar de ser optimista en los remedios, confiando en la generosa resistencia que al desastre patrio ponen cuantos nacen en el solar español.

¿Porqué interesan Narganes y su obra?

Una de las dificultades que hemos encontrado para averiguar algunos datos referentes a la vida del pedagogo español, ha sido la agitación y al mismo tiempo el misterio de la época en que vivió, unido a la restricción impuesta a la enunciación y divulgación de las ideas, por una parte; y por otra, la circunstancia de que Narganes como liberal y aferrado a las cosas e ideas de la Enciclopedia, se pasó una buena parte del periodo más activo de su vida fuera de España. El misterio, como digo antes, en que se desenvolvían las aspiraciones políticas a comienzos del siglo XIX, sintetizado en las sociedades masónicas, ha sido otro de los obstáculos con que hemos tropezado en la marcha de nuestro trabajo; habremos leído seguramente escritos de Narganes, sin saber que eran de él, por la costumbre de tomar nombres simbólicos que tenían los que figuraban en logias y demás sociedades secretas.

Pocos datos hemos podido encontrar acerca de la vida y obras del pedagogo español, pero el hecho de ser, según nuestras noticias, el primer trabajo crítico que sobre él se hace y las dificultades antes expuestas creemos que abonarán nuestra intención, ya que no el resultado total del trabajo.

Casualmente, cuando buscábamos un trabajo publicado en el «Boletín de la Institución Libre de Enseñanza» correspondiente al año 1893, nos encontramos conque en dicho tomo y en el siguiente se habían publicado las cartas que Narganes había dirigido desde Soréze a un amigo que vivía a la sazón en la Corte; y al fin de ese trabajo una nota debida al eminente polígrafo español don Marcelino Menéndez Pelayo, con algunos datos acerca de la vida de Narganes, datos que aunque escasos nos han servido para reconstruir en parte, los momentos de su vida que más puedan interesar.

El valor que Narganes pueda tener, no es tanto por lo que él individualmente fuera, que indudablemente fué uno de los hombres más cultos de su época en España, sino por las circunstancias de su vida y éste es precisamente el valor de sus cartas, escritas con la claridad del que nada teme, por encontrarse fuera de España y en las que resplandece al mismo tiempo un entusiasmo, que a veces lo hace exagerar y que expresa bien claramente el elevado patriotismo del que escribe.

Por otra parte Narganes ha vivido la vida de colegio; no es un aficionado a las cosas de educación, un teórico que en un momento de inspiración escribe un proyecto de educación e intenta destruir lo existente; no. Narganes ha sido maestro y lo que puede hacerle valer más ha comparado con otra nación; ha conocido si no personalmente, al menos en sus obras e ideas, a los hombres de más valor mental de nuestra patria, ha tratado ilustres maestros españoles y extranjeros y demuestra claramente conocer la organización de universidades y colegios (Valencia, Vergara, Murcia). Narganes es seguramente en su época, como antes decimos, no solo uno de los hombres más cultos, sino uno de los más preparados para el ejercicio de la educación

En las escasas páginas de su obrita cita a Luis Vives y a Rousseau, a Pestalozzi y a Condorcet; se ve claramente que conoce a Jovellanos y sobre todo que dispone de una cultura clásica y filosófica bastante extensa.

En Narganes hay que distinguir claramente lo que es protesta contra las ideas de educación imperantes en nuestra nación y lo que es su ideal; y si lo uno es sumamente interesante como documento de valor histórico para la Historia de la Pedagogía, su ideal tiene valor, porque como dice en una nota de la redacción, el «Boletín» en que se publicaron las cartas de educación: «Creemos de gran interés la reproducción de estas cartas como un documento histórico que muestra las ideas de un enciclopedista español, juzgando, con conocimiento de causa del estado de estos asuntos en su país; viéndose fácilmente que algunas de sus observaciones son, después de pasado un siglo, todavía bien dignas de meditarse». («Boletín de la Institución Libre de Enseñanza», año 1893, pág. 150).

La parte mas simpática de su trabajo pedagógico y en las que muestra bien a las claras su espíritu liberal, es la referente a la disciplina escolar. Precisamente en uno de los párrafos en que rebosa su indignación por el modo de tratar a los niños en nuestras escuelas, hace un llamamiento al santo pedagogo de Zurich, y al autor de Emilio. «¿Que hubiera dicho el preceptor de Emilio, y que dirías tu ¡oh buen Pestalozzi! si visitaras las escuelas de España, y vieras la niñez, la preciosa niñez, objeto de tus estudios y de tu celo, tratada de un modo tan bárbaro y tan atroz; y si oyeras dar a esta carnicería el sagrado nombre de educación? ¡Qué agüero tan funesto formarías para la patria que ha de tener algún día semejantes ciudadanos!» (Bol. Ins. Libre pag. 152. año 1893)

Narganes pertenece a ese grupo de hombres cultísimos que brillaron a fines del siglo XVIII y comienzos del XIX, que gastaron una gran cantidad de energías, que de haber nacido en otra época mas tranquila hubieran empleado en sus propios estudios y trabajos, en conspiraciones continuas, en luchas políticas, en batallas por mejorar el medio ¡el medio que era tan inferior a ellos! Esta y no otra era la causa de aquellas luchas en que

tan activamente intervino Narganes; pensaba éste como un hombre del siglo XX y en cambio el ambiente de España en aquella época, desde el punto de vista cultural, de la educación, de la ciudadanía no era ni con mucho lo que correspondía al siglo XIX, y así inútilmente aquellos hombres aspiraban a adaptar el medio a ellos, ya que absurdo y hasta bárbaro les parecía el adaptarse ellos a aquel medio.

Narganes fué un afrancesado.

Todas las circunstancias de su vida fueron propicias a esta aproximación a las cosas de Francia. Educado en el Real Seminario de Vergara, plantel de liberales y enciclopedistas, como dice el insigne Menéndez Pelayo, desde niño no vió a su alrededor sino un culto extraordinario a las ideas y cosas de Francia, singularmente a los enciclopedistas; su destierro durante muchos años, destierro al parecer voluntario, durante el cual vivió en un foco de cultura liberal netamente francés y otras circunstancias que veremos en su biografía, son causas más que suficientes para explicar este afrancesamiento.

Lo que sabemos de su vida. — Vergara y Soréze

Narganes de Posada, nació en San Vicente de la Barquera provincia de Santander; según cálculos aproximados debió de nacer entre el 1768 y el 1770 (Desconozco exactamente la fecha de su nacimiento a pesar de haber escrito dos cartas a personas significadas de San Vicente, por si en la Parroquia rezaba algún dato que nos pusiera en conocimiento de la citada fecha, de su familia etc. así mismo le he escrito al Rector del Real Seminario de Vergara por si en aquel archivo existe algún dato o documento de valor para este trabajo; de ninguna de esas cartas he recibido contestación, lo que parece indicar carencia de datos dado que al Rector de Vergara también escribió recomendando el asunto un antiguo alumno del histórico colegio. Posteriormente hemos hecho otras indagaciones con personas de San Vicente y el resultado no ha sido favorable para la certeza en la fecha del nacimiento de nuestro pedagogo.)

Fué Narganes alumno del colegio de Vergara y luego profesor, y de esto sí conocemos la fecha porque en sus cartas fechadas en Soréze, la tercera en 20 de Septiembre de 1807, dice; «Esta clase de establecimientos (colegios) es la que más he estudiado. Pasé quince años en el menos malo de España y hace seis que soy profesor en uno de los más célebres de Europa».

Facilmente puede deducirse que entró en el Real Seminario a comienzos del curso de 1784 a 1785 y que cuando terminó sus estudios continuó de profesor hasta 1801, que fué de profesor a Soréze.

El antiguo colegio de jesuitas de Vergara, a instancias del Conde de Peñaflorida, presidente de la Real Sociedad Vazcongada, fué puesto a dis-

posición de aquella corporación por Real cédula de 19 de Agosto de 1769, para establecer en él una casa de educación con destino a la nobleza, y en cuya puerta principal había de ponerse el escudo de las armas reales, dándose la denominación de Real Seminario. Por dificultades y obstáculos propios de la época, a la par que por escasez de recursos no empezó a funcionar completamente el establecimiento hasta 1776.

«El colegio, dice Gil y Zárate, adquirió en poco tiempo justa celebridad y en 1786, es decir diez años después, tenía 134 alumnos internos y 80 externos. Acudían a él de toda la península y de América, hasta 1794 en que los alumnos disminuyeron por la sublevación de los Estados Unidos y por la revolución francesa, siendo disuelto el establecimiento»

Narganes se formó en Vergara y allí rodeado de una juventud distinguidísima y de profesores estusiastas, se moldeó su caracter y se formó el círculo de sus ideas, entusiásticamente liberales y como antes digo fránicamente afrancesadas; en el viejo edificio por el que han desfilado tantas generaciones de jóvenes españoles pasó su juventud sintiendo latir bien de cerca aquel raro entusiasmo por la cultura y por la europeización que sentían los contemporáneos de Carlos III.

El plan de estudios del colegio era de lo más completo que para su época podía imaginarse: Primeras letras, Gramática y Literatura, Lógica y Metafísica con Filosofía moral; Geografía e Historia con Cronología y Nociones de Física e Historia Natural, aprendidas estas últimas ciencias con gabinetes y laboratorios producto de la labor noble y desinteresada de sus patrióticos fundadores. Se estudiaban así mismo las matemáticas, idiomas (francés, inglés e italiano) Dibujo, Economía política y baile, esgrima, música y equitación como ejercicios de adorno.

En 1796, siendo profesor del establecimiento Narganes de Posada, volvióse a abrir el Seminario, pero decayendo enseguida de su antigua gloria porque el Gobierno le retiró la pensión de 39.000 reales con que había dotado al colegio con el exclusivo fin de sostener gabinetes y laboratorios de Ciencias, los mejores a la sazón en España y de los primeros en que se hizo una labor educativa, en el sentido que modernamente se consideran las ciencias naturales. Encargado de la dirección don Miguel de Lardizabal y Uribe, hombre de grandes entusiasmos y contando con colaboradores entusiastas como el químico Proust (que por cierto hizo en su laboratorio la primera fundición del platino) el humanista don Martín Erro, del matemático valenciano Más y del fabulista Samaniego, contando así mismo con la adhesión entusiasta de Narganes y con otros profesores distinguidos por su radicalismo exagerado, como Santibañez, que en un libro titulado *Reflexiones imparciales de un español a su nación* publicado en Francia (1793) se muestra apasionado radical y pide una representación nacional a la moderna; como así mismo Foronda y Eguía Corral que se

distinguían en idéntico sentido. Con todos estos elementos volvió a resurgir y a brillar el por entonces amortiguado y decaído seminario.

Tratando de esta época del Colegio de Vergara dice el señor Altamira: «La costumbre de la nobleza de enviar sus hijos a Francia, a Bayona, Tolosa, Paris y sobre todo Soréze, hicieron nacer influencias francesas que encarnaron en establecimientos como el Seminario de Vergara, de tono muy radical y en el que figuraron hombres tan significados después como Santibáñez, Narganes, Foronda y Eguía Corral». (Pág. 149 del tomo IV de su «Historia de España y de la Civilización Española».)

Como vemos por las anteriores líneas, Narganes vivió los años que más pudieron influir en la dirección posterior de su vida en un núcleo intenso de vida intelectual; de allí salió para Soréze en donde desempeñó las cátedras de Ideología y Literatura española. Si en Vergara comenzó el ejercicio de la enseñanza y recibió los primeros gérmenes de su liberalismo, en Soréze se ampliaron sus ideas y conocimientos pedagógicos y se desarrolló su ideal político, dada la atmósfera liberal con sus pujos de revolucionaria, dominante a la sazón en el colegio del Tarn.

El colegio de Soréze de fundación muy antigua (1682) alcanzó su mayor prosperidad de 1791 a 1824, bajo la dirección de los hermanos Francisco y Raimundo Ferlus.

El colegio es un vasto edificio compuesto de varios cuerpos, que con los hermosos jardines, paseos y terreno que le rodean es casi tan grande como el mismo Soréze.

Ha sufrido muchas alternativas, clausurándose más de una vez antes del siglo XIX, y en 1757 un fraile Victor de Fougères fué encargado de organizar un colegio, en donde poner en práctica un plan de educación meditado por él. Fué este fraile quien hizo construir el colegio tal como existe actualmente, con su gran puerta monumental, sus vastas salas de recreo y estudio, sus tres grandes patios, el parque etc.; pero Fougères, hombre de ideas demasiado liberales sobre educación, organizó la disciplina y plan de estudios del colegio con tan amplio espíritu que incurrió en el desagrado de los superiores de la orden, que lo destituyeron.

Francisco Ferlus era el director del colegio en el tiempo en que Narganes explicaba Ideología y Literatura. De lo que se enseñaba en dicho establecimiento da idea el siguiente párrafo del *Grand Dictionnaire Universel de XIX siècle*: «Salvo las modificaciones inevitables que impuso la revolución se organizó todo como anteriormente lo había estado; artes de adorno al mismo tiempo que las ciencias, las matemáticas, bellas letras, lenguas muertas y varias de las vivas... esgrima, equitación, baile y natación; no se abandonó nada de lo que puede dar al hombre un alto grado de cultura y de distinción. Un Ateneo de emulación, en el que se era recibido como en la Academia, por elección, fué instituido por Francisco»

Ferlus, lo que con las representaciones dramáticas y los ejercicios públicos de fin de año, se añadían a la variedad de medios educativos empleados en Soréze, con el fin de formar verdaderamente hombres de iniciativa y corazón».

Seguramente que hasta 1810 en que aparece Narganes en Madrid debió estar en Soréze, respirando esta atmósfera de modernismo, de afanes de cultura, de amor a la escuela y a la educación general que luego se manifestaron en sus luchas políticas y periodísticas.

Narganes ha sido ante todo un profesor, dedicado de lleno a la enseñanza; a ella sacrificó toda su juventud y es en la época de su madurez, casi en la vejez cuando lo vemos desviado de este camino. «Bien sabes, le dice a su amigo en una de las cartas sobre educación, que he pasado toda mi vida en las escuelas, o como discípulo, o como maestro.»

En Soréze hubo algo extraordinario con relación a los demás establecimientos de educación de la época, como lo prueba el informe que el inspector general Laurentie, dió sobre el colegio en tiempos de Raimundo Ferlus, hermano de Francisco y sucesor a la muerte de éste en la dirección del centro; informe que ocasionó su clausura en 1823.

En este informe se hace la enumeración de las irregularidades que se notaban en la vida interna del establecimiento. Los alumnos, se afirma, no solo no son estimulados en sus sentimientos católicos, sino que más bien se les incita a abandonarlos por el ejemplo de indiferencia religiosa que les dan su profesores; se afirma así mismo que algunos profesores vivían irregularmente, que se pasan el día en casas de juego y que la disciplina está tan relajada que se deja a los alumnos leer toda clase de libros. «Respecto a los principios políticos del colegio de Soréze, dice Laurentie, el espíritu dominante de este colegio es un espíritu de liberalismo y de oposición a los principios del gobierno monárquico, como lo prueba el hecho de que de cuarenta profesores, sólo seis sustentan opiniones conformes con la monarquía legítima, los demás no sólo opinan en contra sino que tratan de imponer ese criterio a sus alumnos».

Es curioso que uno de los cargos que dirige contra el colegio es que un profesor dió a sus alumnos como tema de composición en Retórica «los daños que puede traer la intervención en los asuntos de España». La escuela se cerró a consecuencia de este informe. (Fechado en Tolosa. 16 Octubre 1823), Ferlus fué destituido y aunque repuesto después de la revolución de Julio, no pudo ya el colegio volver a adquirir su pasada importancia, sostenida en parte por los españoles y americanos que enviaban allí sus hijos a estudiar.

Esta costumbre de enviar a los hijos de nobles españoles a estudiar en Soréze o en otros colegios franceses mereció la sátira de Jovellanos (1), dirigida a Arnesto y en la que se lee lo que sigue:

(1) Obras escogidas de Jovellanos, Biblioteca clásica, pág. 227 del tomo III.

¿Será mas digno, Arnesto, de tu gracia
un alfeñique perfumado y lindo,
de noble traje y ruines pensamientos?
Admiran su solar el alto Auseva,
Linia, Pamplona o la feroz Cantabria,
mas se educó en Soréze; París y Roma
nueva fe le infundieron, vicios nuevos
le inocularon; cátales perdido.
No es ya el mismo; ¡oh cual otro el Bidasoa
tornó a pasar ¡cual habla por los codos!

Narganes en Madrid. — La Masonería y el periodismo

En 1810 volvió a España Narganes y sin duda es en esta época cuando comienza su vida de político, manifestada con su intervención activa en la masonería. Narganes se muestra en esta época claramente partidario de Francia y entusiasta de las ideas liberales. Menéndez y Pelayo, lo dice claramente en las notas a que hice referencia al comienzo de este trabajo. «Vuelto a España fué afrancesado y venerable en la logia de Santa Julia (nombre puesto en honor de la mujer de José I), domiciliada en la calle de las Tres Cruces».

Sabido es que los españoles de ideales más avanzados de esta época, merecieron de sus contemporáneos, más apegados a las ideas tradicionales, la tacha de malos patriotas por su apego a las ideas importadas de Francia. El movimiento no era nuevo, procedía de la época del despotismo ilustrado, personificado en España por Carlos III. «La influencia de los enciclopedistas en España y de las ideas de la revolución, dice el señor Altamira, fué bastante grande y fructificaron en nuestro país como lo demuestra el que algunos políticos nuestros mantuvieran relaciones de amistad con algunos reformistas de allende el Pirineo y aún nobles como el duque de Alba que sostuvo correspondencia con Rousseau, el duque de Villahermosa con Beaumarchais, Galiani con D'Alembert, el Marqués de Miranda con Voltaire, etc». (Página 149 del tomo IV de su «Historia de España y de la Civilización Española»).

Narganes, como antes digo, tomó una parte muy activa en el movimiento de aproximación a un régimen liberal, aunque fuera francés. La logia Santa Julia era un foco de afrancesados, como que el director y organizador de las logias masónicas Azanza fué ministro con José Bonaparte, en unión de Urquijo, Cabarrús, Mararredo y otros, no dejando de tener simpatías hacia estas opiniones, hombres eminentes en su época, tales como Meléndez Valdés, Cambrónero, Moratín, Amorós y Lista.

La logia de Santa Julia era la más célebre y conocida, existiendo un libro y actas (que parecen hallarse o se hallaron al menos en la biblioteca del que fué Director de la Real Academia de la Historia, excelentísimo señor don Antonio Benavides) en los cuales se describen varias fiestas celebradas para conmemorar algún acontecimiento masónico y sobre todo para manifestar ideas y tendencias políticas.

En una de esas fiestas, probablemente siendo venerable Narganes de Posada (así lo afirma don Marcelino Menéndez y Pelayo) se cantó un himno, curioso por lo inocente, que a fuerza de ser afectado, resulta.

Del templo las bóvedas
Repitan el cántico
Y al acento armónico
Unid los aplausos.

—
Abracemos sinceros
Con afecto cándido
Los dignos M M (1)
Que vienen a honrarnos.

—
Talleres masónicos
Procurad enviarnos
Testigos pacíficos
De nuestros trabajos.

—
Exaltad de júbilo
Obreros julianos
Y aplaudid benévolos
Favores tamaños.

El venerable al final de la fiesta en que se cantó ese himno y después de su correspondiente discurso propuso que se abriese un concurso para premiar la mejor memoria que se presentara sobre el tema. «¿Cual será la influencia de la masonería en la felicidad de España?»

Si Narganes no era venerable de Santa Julia por esta época, al menos ocupaba ya una alta dignidad masónica y con frecuencia hablaba, habiendo leído así mismo, en fiestas semejantes a la que me he referido (que fué el 28 de Mayo de 1810) algunas composiciones poéticas, para las que tenía facilidad el batallador pedagogo.

(Los folletos en que están escritos algunos discursos y otros trabajos de Narganes, no me ha sido posible encontrarlos; he recorrido las bibliotecas más importantes de Madrid y ni aún en la Nacional apesar de que

(1) Esto creo que significa masones.

las he buscado en gran número de legajos de documentos y libros de la época, he encontrado la menor referencia o alusión a nuestro pedagogo).

En 1814 al terminar el primer período constitucional y comenzar las persecuciones, que redujeron a prisión a los hombres más eminentes de la política y de las letras, y que al año siguiente fueron condenados a presidio (Arguelles, Calatrava, Torrero, Nicasio Gallego etc.), Narganes que indudablemente se salvó por la ligereza de sus piés, emigró a Francia y de esta etapa de su vida nada sabemos, aunque es muy probable que fuera a Soréze con cuyo director le unían tan antiguos y sólidos lazos de compañerismo.

En 1820, coincidiendo con la amnistia concedida, al comenzar el segundo período constitucional, volvió Narganes a Madrid y esta es la etapa más activa de su vida política, manifestando esta actividad en su colaboración en algunos periódicos políticos, en los que alcanzó justo renombre, por su cultura y laboriosidad.

En *El Universal* fué en el primero que como redactor-jefe prestó sus servicios don Manuel J. Narganes, de cuyo periódico dice Mesonero Romanos: «El *Universal* fué el primero que se apoderó de la batuta en el concierto de la prensa periódica, apadrinado por sus redactores Narganes y Galdeano, Rodríguez y Caborreluz y otros varios, todos los cuales hicieron sus pruebas de doctrinarismo y de resistencia al desbordamiento de la pasión política; pero eran poco fuertes en la lucha que hubieron de sostener con otros diarios avanzados, si bien defendiendo con decoro sus opiniones y sus doctrinas, y explicando a su modo la Constitución vigente y los decretos de la Córtes» (pág. 229 de su libro, *Memorias de un setentón*). Por el tamaño desconocido hasta entonces, le llamaban a dicho periódico el *sabanón*, y llegó a ser el más conocido de los periódicos de la Corte, por su seriedad, llegando a tener una numerosa clientela «que se apresuraba a suscribirse en su redacción, sita en la calle del Arenal, frente a la plazuela de Celenque» a pesar de la defensa ardiente y un tanto parcial que hacia de los afrancesados.

Es este un período de luchas políticas, de apasionamientos sectarios en los que sin duda debía encontrarse descentrado Narganes, después de los largos años que había dedicado a la tranquila y dulce tarea de ilustrarse e ilustrar a los demás. Narganes era liberal, pero muy moderado en sus tendencias políticas y parece un poco extraño que pudiera sobrellevar durante algunos años la lucha con una política procaz, que comentaba los chistes e insultos de *Zurriago*, con una sonrisa de benevolencia y que con su hermano *El Tercelora* «alcanzaron la funesta gloria de desmoralizar políticamente al pueblo y hacer descarrilar la revolución hasta lanzarla al abismo» (del libro citado «*Memorias de un setentón*».)

En un libro publicado en 1822, titulado *Galeria en miniatura de los*

periodistas, folletinistas y articulistas de Madrid por dos bachilleres y un dómine, (pseudónimo del que fué más tarde célebre poeta dramático don Manuel Eduardo Gorostiza, que emigró en 1823 a su patria, Méjico, llegando por su talento a ocupar los más altos puestos de aquel estado) se dice lo que sigue de nuestro pedagogo:

«Kalesdecopio periódico, camaleón articulista, oriflama de todo ministerio, brújula de todo pretendiente, cachetero de todo desventurado, almanaque diario que jamás olvida el santo del día ni el jubileo de la noche que precedió, escritor desinteresado, independiente, consecuente y demás cualidades terminadas en ente, figura de dómine, pudor virginal, moralidad cartuja, chiste áulico, conciencia política... la del señor Ayta.» (Pág. 8 de la antes citada galería).

El 1823, en los tristes momentos en que teníamos que soportar la desagradable visita de los cien mil hijos de San Luis, dejó de publicarse «El Universal» (23 de Abril de 1823) por el acuerdo de refundir los periódicos políticos madrileños en el «Diario de la Corte» único que se publicaba a la sazón y que se entretenía en pronósticos halagüeños o en fogosas inventivas contra los franceses, rusos, austriacos y prusianos, contra todo el mundo y en particular contra los ministros Meternich, Caning y Chateaubrian, culpables de la antes dicha visita de los ejércitos franceses.

«Se estampaban, en dicho periódico, diariamente muy escogidos artículos de política por sus redactores don Gabriel José García, (redactor de «El Espectador» en tiempos de «El Universal») y don Manuel Narganes y otros muchos, y discretas poesías del ilustre diputado don Joaquín Lorenzo Villanueva y de don Tiburcio Hernández (diputado también) célebre abogado de Madrid». (Pág. 285 de las «Memorias de un setentón»).

En este mismo año Narganes fué nombrado redactor de la «Gaceta de Madrid» con oficios de director.

Son los hasta aquí expuestos los datos concretos que hemos podido encontrar, referentes a la vida de Narganes de Posada y para ello hemos tropezado además de con las dificultades expuestas al comienzo de este trabajo, con una dificultad nacida de la condición de periodista en la época en que Narganes vivió la vida del periodismo madrileño; esta dificultad consiste en que Narganes no ha desempeñado cargo alguno oficial y pertenece a ese tipo de hombres de nuestra vida política, que es conocido por los hombres políticos más célebres de su época, que se aprecia su labor en lo que vale y que sin embargo ni en los periódicos de la época ni en los libros de carácter político suena su nombre para nada. Ha vivido en una semi-oscuridad tal vez nacida de su modestia, que parece ser general en los periodistas de ese momento histórico.

«Todavía no se había dado el caso de pasar desde la redacción de un periódico a un sillón ministerial, a un consejo o a una embajada; y en

efecto de los cuarenta nombres citados en el folleto satírico de Gorostiza, ninguno vemos condecorado con altas dignidades... ni Argüelles, ni Martínez de la Rosa, ni Calatrava, etc., fueron periodistas jamás.» (Obra citada de Mesonero Romanos).

El libro de Narganes. — Las cartas sobre educación

Tres cartas sobre los vicios de la Instrucción pública en España y proyecto de un plan para su reforma. Este es el título del único libro que conocemos de Narganes, en el que está resumido su pensamiento sobre las cosas de educación en general y más particularmente su opinión sobre la educación nacional. Como antes digimos escribía estas cartas a un amigo y están fechadas en Soréze (1807).

Se publicaron en Madrid en la Imprenta Real año de 1809. Las dos primeras cartas son una ardiente protesta contra la realidad de nuestra educación, en todos sus grados y aspectos; la carta tercera es la exposición de un plan para la reforma de Instrucción pública. El libro es interesante por la libertad con que expone sus ideas y porque desde las primeras líneas se nota la cultura y autoridad del que las escribe; el estilo muy sintético carece de párrafos brillantes, pero en cambio las ideas son abundantísimas y testifican que el autor se mueve con gran facilidad en el campo de la educación y que le preocupan hondamente sus problemas.

El libro, como dice don Rufino Blanco, refleja que su autor tenía de nuestra educación un criterio exageradamente pesimista; pero en muchas ocasiones el lector (del siglo XX) se ve forzado a darle la razón por su tino al tratar de los problemas más candentes de la Pedagogía.

Sobre las escuelas primarias, sobre los colegios y las universidades, de los libros de texto y de los maestros, de los planes de enseñanza, de la libertad de enseñar, de todo se ocupa y sobre todo ello da su opinión ya mesurada, ya tal vez apasionada y fácilmente demuestra en todo ello que el que así piensa es un maestro que ha vivido luengos años la vida escolar y que ha pensado seriamente los problemas de la escuela y de la enseñanza en sus varios grados.

Expresivo del sentido un tanto demoledor en que está escrito el libro, son los versos con que a guisa de prólogo lo comienza:

Las casas del saber tristes reliquias
De la gótica edad, mal sustentadas
En la inconstancia de las nuevas leyes
Con que en vano apoyadas titubean
Piden alta atención. Crea de nuevo
Sus venerandas aulas—nada, nada

Harás sólido en ellas si mantienes
Una columna, un pedestal, un arco
De esa su antigua gótica rudeza (1).

Quintana se hace eco de este verso de su maestro, colocado al frente de un libro sobre la educación, en el discurso que pronunció en la Universidad Central el día de su inauguración. El siguiente párrafo de su oración claramente lo demuestra: «Grítese en buen hora en una declamación o en un poema contra las casas del saber; dígase que se echen por el suelo, y que de su antigua gótica rudeza, no quede ni una columna, ni un pedestal, ni un arco solo. Esto fuera bien cuando estuviese ya pronto y dispuesto otro edificio culto y elegante en que abrigar los estudios; más no le habiendo, fuerza era mantener los establecimientos antiguos, a lo menos para no sentir los males consiguientes al vacío de la educación; porque en todas las cosas, pero principalmente en la instrucción pública, vale más mejorar que destruir, a menos de querer exponerse a perderlo miserablemente todo.»

En el prólogo expone Narganes la causa originaria de su obra, que no fué otra que un desacierto del gobierno; piensa que las revoluciones políticas, al paso que sacan a los pueblos de la languidez y apatía les imprimen un movimiento que los lleva hacia lo grande y lo bello; confía en la ilustración del Rey e invita a las personas que hayan meditado sobre esta importante materia a seguir su ejemplo, publicando el fruto de sus observaciones y ayudando de este modo al gobierno en sus reformas.

La primera carta comienza diciendo que el plan que acababa de dar el gobierno es lo que debe ser, puesto que este funda su autoridad en la estupidez de los gobernados. El plan, del que tan enérgicamente protesta Narganes es el de 12 de Julio de 1807; el conde de Toreno cita este plan, en su «Historia del levantamiento y guerra de España contra Napoleón,» como cargo contra su autor Caballero y piensa que con él quiso contener el vuelo del pensamiento y establecer un sistema de opresión en los estudios. Pero don Antonio Gil de Zárate, de más autoridad en estos asuntos opina que es muy superior a cuantos hasta entonces se habían publicado. En efecto este plan añadía a la enseñanza asignaturas tan importantes como el Derecho público y la Economía política, daba mayor importancia a las ciencias físicas y naturales, regularizaba trámites y cortaba abusos y sobre todo trataba de ser general para todo el reino con lo que intentaba acabar con la anarquía reinante, en los asuntos de la enseñanza. Este plan influyó poco porque coincidió su aplicación con los comienzos de la guerra y quedó olvidado.

«La educación pública, dice Narganes, es una de las primeras necesida-

(1) Meléndez Valdés. Epístola al señor don Eugenio Llaguno y Androla.

des de un Estado, puesto que lo es de cada uno de los individuos que le componen. El vicio es hijo del error, y los desórdenes sociales nacen casi todos de la ignorancia de los hombres. Instruirlos para hacerlos mejores tal es el propósito que los legisladores debieron proponerse en sus planes de educación general.»

Narganes está ganado por completo a la causa de la cultura y de la ilustración general, pensando como muchos de sus contemporáneos que con la instrucción generalizada hasta las últimas capas sociales, se conseguiría elevar el tono moral de las costumbres y el espíritu colectivo. Pienso que el mal reside solo en el poder al que le importa mantener la ignorancia, y no alcanza a ver la desproporción entre su ideal, y el de alguno de los hombres que gobernaron, y la realidad del medio social que ponía toda clase de obstáculos y no daba ninguna facilidad a los encargados de mejorar la nación, especialmente las clases inferiores, del triste estado de incultura en que a la sazón se hallaban.

Jovellanos emite, en su Memoria sobre la educación pública, un juicio parecido; pero el eminente asturiano fué el ejemplo vivo de lo que vale el no confiar, para conseguir toda mejora y progreso en la educación, de un modo absoluto en la iniciativa del gobierno, y confiaba en conseguir una franca mejora de la instrucción en nuestro país del esfuerzo de las sociedades económicas y de todos aquellos hombres que por su cultura y posición social podían influir de un modo directo en la mejora y progreso de su localidad o de su región. «Las fuentes de la prosperidad social son muchas; pero todas nacen de un mismo origen, y este origen es la instrucción pública»; y más adelante añade: «¿No es la ignorancia el más fecundo origen del vicio el más cierto principio de la corrupción? ¿No es la instrucción la que enseña al hombre sus deberes, y la que le inclina a cumplirlos?»

Se queja Narganes de que siendo de las naciones que hemos pagado con más liberalidad la enseñanza, ésta se encuentre en tan triste y deplorable estado.

«Volvamos la vista, dice Narganes, a las escuelas por donde hemos pasado ¡acordémonos de lo que allí vimos! tracemos el cuadro vergonzoso de nuestra educación, desde las primeras letras hasta los estudios más sublimes; y dime después si hay en la Europa entera nación más atrasada que la nuestra».

Nos cuenta con negras tintas las tristezas del bárbaro sistema de educación primaria de la época. Pinta al maestro como un mendigo ignorante que espera al niño con la palmeta en la mano derecha y el azote en la izquierda.

En uno de los primeros párrafos de la carta primera, señala su opinión sobre el fin de la educación, cuando dice que ese es el maestro que designa la sociedad para que «forme los hábitos del niño y eche los primeros

cimientos del sistema de sus ideas; en una palabra para que forme su caracter, su moralidad y su razón».

Hay que conocer el valor de estas palabras en un hombre educado en el siglo XVIII, que piensa que el fin de la educación es formar el caracter, en un tiempo en el que predominaba en las escuelas un sistema de mala instrucción, y que a su lado coloca la moralidad, con lo que en tan pocas líneas nos expresa que el que las escribe es un educador con un ideal francamente moderno. Pinta con negros colores la escuela primaria, por la cual cuando se entra en un pueblo no hay que preguntar «se oirán chillidos dolorosos y un ruido infernal que servirán de guía».

Nos cuenta con fina gracia que su maestro rezaba y dormía durante las horas de escuela y solo interrumpía tan santo y saludable ejercicio para castigar a los que cansados de gritar, o excitados por el deseo de jugar, tan propio de su edad, le habian distraído o despertado, pagando esta grave falta con unos cuantos palmetazos, que avisaban al niño de la conveniencia de gritar hasta enronquecer (modo de saber el maestro quien trabajaba y quien no), con lo que dice Narganes, «podía ser maestro de escuela aunque hubiera sido sordo-mudo».

Después de criticar duramente los libros y métodos de enseñanza de la lectura y escritura, que con muy poco de Aritmética era lo que irónicamente llama parte científica de la educación primaria, trata de la educación moral, de la que dice que si se examina la conducta de los maestros con los niños se verá que lejos de inspirarle los hábitos de las virtudes, los ponen al contrario en el camino de todos los vicios.

Este cuadro triste y doloroso, que presentaban las escuelas a comienzos del siglo anterior, es bien conocido de los que se dedican a estudios de Pedagogía y no tendré mucho que insistir en él.

La protesta de Narganes contra los castigos corporales aplicados con *instrumentos especiales*, es justísima; indignase contra la costumbre de algunos colegios, de que fueran los mismos niños los que golpearan al que cometiese una falta. «¿No son los maestros los que le presentan todos los días los ejemplos de la cólera y de la venganza, castigando sus faltas no como un amigo que quiere corregir un defecto sino como un hombre ofendido que quiere vengarse de un agravio?»

Aquí es donde Narganes invoca el nombre del buen Pestalozzi todo amor y cariño para con los niños; es innegable que Narganes al tratar de este importantísimo problema de la disciplina escolar, lo hace con un sentido moderno por el cual, cuando el maestro castiga, procurará hacerlo sin cólera, sin espíritu de venganza y denotando por sus palabras que lo que desea es el bien del castigado. Narganes califica de bárbaros a esos maestros que llevaban tan al pié de la letra, aquel inhumano aforismo de que *la letra con sangre entra*; piensa con amargura que niños a quien se

les afrenta con castigos humillantes para su dignidad personal, serán más tarde «o animales estúpidos o malvados sin vergüenza». Pide que el maestro sea un amigo del niño y no su verdugo y que forme ciudadanos y no esclavos.

«Todo problema pedagógico, dice el señor Zulueta, es un caso particular de un problema general humano. Por ejemplo el problema de la disciplina en la escuela no puede resolverse sin dar antes solución al problema de la disciplina en la vida social humana. De los castigos en la escuela ¿que se logrará decir con alguna seriedad científica que no sea una derivación de las ideas que se tengan sobre el valor de la pena en la sociedad?» (Pag. 32 de la conferencia sobre El Maestro).

Así como en la sociedad la pena se ha ido humanizando y se busca la corrección del delincuente más que su castigo, también creemos que ha llegado la hora de que el castigo corporal se estudie en la Pedagogía como un mal recuerdo histórico. En Narganes como antes digo, y en unos cuantos párrafos está todo esto y solo por este concepto, que dicho hoy en que todo estamos convencidos, carece de mérito, en tiempos de Narganes es algo meritorio y que despierta nuestras simpatías por el autor.

Habla de las sociedades patrióticas, cuyo fin alaba, pero cuyo fracaso atribuye a la incuria del gobierno y a la falta de celo e ilustración de sus miembros. El error de los que intentaron reformar la instrucción primaria, ha sido el querer una transformación radical de lo interno de la instrucción, sin tener para nada en cuenta, que como no pensaban en reformar el alma de la escuela, el maestro, todos los proyectos eran inútiles e ineficaces. «El nombre de Maestro, dice Narganes, lo era de oprobio y su miseria pasaba entre nosotros por proverbio.» Fustiga duramente a los que cifran su ideal de educación primaria, en que los niños sepan leer, escribir y contar. El gobierno según él, fué el culpable del fracaso de las sociedades patrióticas, pues no le ayudó y éstas demasiado hicieron con fundar escuelas, que por otra parte como las anteriores a la fundación de las sociedades, dice que sirven para que el niño salga de la escuela con la cabeza llena de preocupaciones y de resabios, que le impedirán juzgar con tino todos los días de su vida.

Se lamenta de que el deseo de ilustración de la época anterior haya pasado, aunque afirma que los gobiernos de entonces seguían el general deseo de cultura arrastrado por el ímpetu de la corriente formada en su mayoría por gente joven. Narganes impresionado tristemente por el estado de nuestra patria a comienzos del siglo pasado, juzga con palabras duras, dictadas por su pesimismo, de las épocas más brillantes de nuestra historia. Lo dice al comenzar la segunda carta; «el gobierno con su nuevo plan, ha irritado mi sensibilidad, ha exaltado mi imaginación, y me ha hecho ver las cosas con colores acaso demasiado negros.»

La enseñanza secundaria y las universidades.

Sobre la enseñanza secundaria y universitaria, tiene Narganes ideas muy discretas sin duda por ser las que mejor conoce. Encuentra altamente dañoso para el bienestar de la nación, el que en algunos pueblos se sostenga un dómine que enseña latín y que es causa de que el hijo del labrador y del artesano huyan del oficio de sus padres y quierán ser cura o ir a la universidad a correr la tuna, aumentando de este modo el número de los desocupados con título. Califica de bárbaro el método que se emplea para la enseñanza del latín, que por otra parte solo considera útil para muy determinadas profesiones y para un número relativamente corto de personas.

Como dice don Rufino Blanco, «Narganes de Posada era al modo de un anti-clasicista moderno en incubación».

Está ganado a la causa de los estudios positivos y aunque es razonable su crítica contra el método de enseñanza del latín y del griego, piensa de acuerdo con el factor económico, que entonces comienza a dibujarse en las ideas de educación, que los que han de divulgarse son los estudios que los anti-clasicistas han llamado útiles. «El buen legislador deberá aumentar cuanto pueda los maestros de ciencias útiles, y disminuir hasta la extinción los estudios inútiles, y por consiguiente dañosos». Sin embargo él reconoce algo del interés que tiene el conocimiento de la lengua latina, cuando la incluye en el número de asignaturas que deben estudiarse en los colegios secundarios, cuyo plan nos expuso en la carta tercera de su libro.

Lo que más le alarma a Narganes, es la abundancia de muchachos que comienzan los estudios de latín y que son perdidos para la agricultura e industria. En este punto (como en otros muchos) opina igualmente que Jovellanos; el polígrafo asturiano en sus Bases para la formación de un plan general de instrucción pública dice lo que sigue: «La Junta no perderá de vista que no conviene generalizar demasiado esta enseñanza (se refiere a la del latín) ni las sabias leyes que prohíben establecerla en pueblos cortos, para no ofrecer a los jóvenes de las clases industriosas la tentación de salir de ellas con tan poco provecho suyo como gran daño del estado».

En el fondo de las ideas de Jovellanos y de Narganes, late otro problema diferente a la tan debatida cuestión de los partidarios y de los enemigos de los estudios clásicos; es el problema que en nuestros días se presenta con toda su magnitud en los jóvenes que salen de los Institutos y que apartados de la senda de la agricultura, de la industria, de las artes útiles que ellos miran con indiferencia y hasta con desprecio, muchísimos

de ellos sin acudir a la Universidad, forman en la extensa y nociva fila de aspirantes a la burocracia.

Pasa Narganes a hablar de la Universidad «o reunión de un gran número de maestros que enseñan gratuitamente la filosofía, la teología, el derecho, la medicina, algunas lenguas muertas, y tal vez, un poco de matemáticas.»

Habla con dureza extraordinaria de la organización de las universidades que considera centros propicios para hacer germinar toda clase de vicios a la juventud y dirige sus más acres censuras sobre los estudios de filosofía «si debe darse tal nombre a una lógica propia solamente para formar sofistas.»

De la lógica dice que tal como la enseñan solo sirve para apartar la razón de la verdad; de la metafísica, que es sinónima de confusión y oscuridad y de la moral que solo sirve para poner en tela de juicio los principios más santos de nuestras costumbres. Lanza su más enérgico anatema contra los libros que sirven para enseñar tales ciencias, aunque reconoce que en los últimos tiempos se ha mejorado algo el criterio en cuanto a elección de autores, se refiere.

Para Narganes toda la filosofía, queda reducida a la Ideología o ciencia de entendimiento. Define la filosofía como comprensiva de todos los conocimientos que tienen por objeto nuestra inteligencia; todas las ciencias son en este sentido filosofía, pero hay una que nos enseña a investigar la verdad, dándonos para ello medios adecuados y esta es la lógica; sin embargo toda ciencia bien enseñada es una buena lógica.

Esta parte de la crítica de Narganes puede reducirse a dos puntos capitales: primero, se estudian con el nombre de filosóficas ciencias que no tienen razón de ser; segundo, aunque hubiera razones que abonaran su estudio tal como se enseñaban en nuestras universidades solo sirven para inutilizar el entendimiento de los jóvenes que a ellas asisten.

Narganes piensa que la Metafísica y la Lógica deben salir para siempre de las universidades; especialmente a la primera la trata con mucho desprecio, después de contarnos su origen, (debido a que no sabiendo Serapión en donde colocar unos trozos que ignoraba a qué ciencia podían pertenecer, decidió colocarlos después de los libros de Física y les llamó metafísicos) Le niega todo valor científico a la metafísica porque trata de cosas que no son físicas y en un párrafo de unas cuantas líneas califica de quimérica esta parte de la Filosofía.

Sin duda alguna, Narganes de Posada, escribió esta parte de sus cartas exaltado, pues de otro modo no se concibe el que haya calificado de quimera, de golpe y porrazo y sin una madura reflexión, la Metafísica Tiene razón indudablemente cuando ataca a los métodos y al contenido de la Filosofía en las universidades, pero cuando intenta definir o mejor esta-

blecer el cuadro de los conocimientos que comprende la Filosofía, por pocos conocimientos que se tengan de esta parte del saber, es difícil ponerse de acuerdo con él.

Piensa como Sócrates que el saber y la virtud son una misma cosa. El concepto que Narganes tiene de la Ideología es sin duda distinto al que Jovellanos nos expone al hablarnos de su plan de educación, cuyas teorías como digo, antes debía conocer. Para el ilustre asturiano la Ideología que debía enseñarse tendría como contenido: la naturaleza del alma humana con sus principales atributos, las facultades y operaciones por cuyo medio las ejercita, desenvuelve y mejora, las impresiones recibidas por los sentidos y las ideas o juicios que de ellas forma y en una palabra todo el problema del conocimiento. Narganes afirma que la Ideología es la única ciencia filosófica y su afirmación no la demuestra ni trata de hacerlo; más adelante nos dirá que todas las ciencias son exactas, por donde sacamos la consecuencia que la Ideología, debe también serlo en su opinión, aunque parece un poco extraño y un mucho inexacto el que afirme que la exactitud de las matemáticas, que le han merecido dice él, el honroso nombre de *ciencias exactas*, es debido al mejor modo de enseñarlas.

Al decir Narganes que la Filosofía comprende todos los conocimientos y que todas las ciencias son Filosofía, al descartar la Metafísica, parece como darnos a entender que solo merecen estudiarse las ciencias particulares y que la *ciencia de lo general o que los especialistas de lo general* son algo inútil y que hacen perder el tiempo miserablemente.

Con Wundt podríamos contestarle «El contenido de la Filosofía es común con el conjunto de las ciencias particulares; pero el punto de vista desde el cual considera este contenido, es distinto porque desde un principio tiene presente el *conjunto* de los objetos del conocimiento... hay dos ciencias filosóficas generales: la doctrina del conocimiento y la doctrina de los principios... Teoría del conocimiento y metafísica, según esto pueden considerarse como las dos ciencias filosóficas de las cuales se desprenden otros dominios filosóficos a causa del interés preferente de las cuestiones particulares de general significación». (Sistema de Filosofía Científica página 27.)

Continuando con la exposición de las ideas de Narganes sobre las universidades nos fijaremos en un punto esencial cual es la crítica que hace de los profesores que apenas asisten a cátedra una tercera parte del curso, que acostumbra a los alumnos a los sofismas y vanas abstracciones y que con un escritor de sus días, compara a los tales profesores «con ciertos insectos que nacen de la podredumbre y solo sirven para propagarla.»

Dice que los profesores citan nombres como los de Nebrija, Abril, Vives etc. pero no ponen sus escritos en manos de los alumnos sin duda porque ellos mismos no los conocen «y si no dime, dice a su amigo nues-

tro pedagogo, si leyeran a Luis Vives ¿enseñarían como enseñan? ¿estarían las universidades en el estado deplorable en que se encuentran? ¿no hubieran visto en sus escritos los abusos de su enseñanza denunciados al mundo hace trescientos años?»

Declara esteril, la labor que han realizado nuestras universidades porque de ellas jamás han salido hombres que con sus impulsos hagan progresar las matemáticas, economía, derecho etc. Atribuye a la casualidad el que España haya producido mentalidades vigorosas. Como algunos de nuestros progresistas modernos niega valor a la producción intelectual de España, en los siglos pasados y proclama la infecundidad de nuestra universidad.

Se niega a hablar Narganes de lo que son nuestros poetas clásicos y a este propósito dice: «harto será que mis compatriotas no se escandalicen si algún día llego a manifestárselo.»

Narganes en esta parte de su trabajo deja notar con vehemencia, la irritación de que se siente poseído al contemplar el molde viejo que servía de patrón a la universidad de su tiempo.

Mucho más se podría decir de estas interesantes páginas de su trabajo, escritas con exceso de apasionamiento, por el mismo calor que le imprimen el patriotismo exaltado de su autor.

La reforma de la educación. — Proyecto de educación pública de Narganes de Posada

Narganes considera tres grados en la educación: educación primaria que debe ser general y que el gobierno debe a todas las clases y a todos los individuos de la sociedad; educación secundaria a la que solo tienen derecho los que por su nacimiento o sus riquezas deben tener una influencia más inmediata en el bien o en el mal de los otros y por último educación especial para aquellos individuos que dedicados a determinadas profesiones, requerirán preparación más profunda en una determinada rama del saber.

Analizaremos parte por parte, cada uno de estos aspectos y haremos su crítica.

Al tratar de la educación primaria dice que el único sistema filosófico, el más natural y conforme a la razón es el de Pestalozzi. No puede disimular Narganes la simpatía que siente por el «buen Pestalozzi» cuyo ideal de educación popular y cuyos métodos para conseguirlo, llenan sus aspiraciones.

El nos ha dejado un párrafo en el que admirablemente sintetiza su ideal de educación y despues de leer el cual, se piensa que solamente los métodos pestalozzianos pueden lograr su simpatía y admiración. «Un sis-

tema de educación en que se acostumbrase a los niños a no formar juicios sin examinar escrupulosamente las ideas que lo componen, a no emplear palabras que no correspondiesen a otras tantas ideas, y a no adoptar ciegamente las opiniones de los otros sin examinarlas primero, sería sin duda el sistema más perfecto y el más propio para formar hombres y aumentar prodigiosamente, la masa de los conocimientos humanos».

Narganes, como ya he dicho, tiene una fé ciega en que la generalización de la instrucción primaria, traerá un cambio profundo en nuestras costumbres sociales. Lo hemos tachado de pesimista al criticar la realidad de la enseñanza en su época y al exponer su proyecto aparece francamente optimista. El conocimiento que parece tener del método del gran pedagogo suizo, podría en parte explicarnos el pesimismo que manifiesta en sus dos primeras cartas ¿como viendo nuestras escuelas de entonces y comparando con su ideal no sentir un doloroso desmayo y justos temores por el porvenir de la patria?

El mismo amor por la instrucción popular sentía Jovellanos, pero este ya fuera por las circunstancias de haber escrito en España, ya lo que es más probable, por su temperamento, trata con más serenidad que Narganes los problemas de la educación, los analiza desde más altura y parece que quiere olvidar la realidad. «Puede una nación, dice Jovellanos, tener algunos, o muchos y muy eminentes sabios, mientras la gran masa de su pueblo yace en la más eminente ignorancia... sucediendo que en medio de una esfera de luz y sabiduría, la agricultura, la industria y navegación, fuentes de la prosperidad pública yacerán en las tinieblas de la ignorancia» y más abajo dirigiéndose a los mayorquines dice: «Si deseais el bien de nuestra patria, abrid a todos sus hijos el derecho de instruirse; multiplicad las escuelas de primeras letras; no haya pueblo, no haya rincón donde los niños de cualquiera clase y sexo que sean carezcan de este beneficio». (Memoria sobre la educación pública, pag. 595)

Narganes censura duramente al gobierno por la forma en que ha organizado el Instituto pestalozziano, (1) formado por «señoritos hijos de pa-

(1) El instituto, como es conocido de las personas dedicadas a estudios pedagógicos, se inauguró en Noviembre de 1806 bajo la dirección de Voitel con veinte alumnos de menor edad y veinte discípulos observadores, trasladándose más tarde el local de la calle de San Bernardo a la del Pez, a los pocos días de comenzado el ensayo. En 1807 es nombrado Amorós director del establecimiento y a comienzos del 1808 fué cerrado este patente testimonio del éxito que en todas partes alcanzaron las doctrinas pestalozzianas. «El verdadero promotor del movimiento pestalozziano en nuestra patria, dice don Rufino Blanco, fué el presbítero murciano don Juan Andujar. Este hombre generoso que, como secretario y jefe intelectual de la Sociedad Cantábrica tuvo noticia del sistema de educación de Pestalozzi, y fué desde luego su más ardiente y desinteresado propagandista en España, pidió a Amorós que interesase en su favor al Príncipe de la Paz, y Amorós que vió en lontananza ocasión de exhibirse y figu-

dres mal educados» en vez de ensayar el método con pobres abandonados hijos de la sociedad y una vez que haya dado resultado extenderlo por toda la nación hasta las más pequeñas aldeas.

Narganes, cosa curiosa, se muestra contrario a ese problema que tanto apasiona y preocupa, *de la coeducación*; «los dos sexos nos estarán confundidos en una misma escuela, con perjuicio de las costumbres y con daños de la educación, que debe ser tan distinta».

Acerca del maestro tiene ideas apreciables esparcidas por toda su obra. Reconoce que todo lo que se diga de la enseñanza será perdido, en tanto que no nos preocupemos del origen de toda buena enseñanza, que es el maestro.

Lo que hoy pensamos acerca de las dificultades de tener buenos maestros, dotados de aquella serie de cualidades de indole física, intelectual y moral, está expresado claramente en el libro de educación del pedagogo español. ¿Porque no es hoy el problema no ya la dificultad de una formación profesional, que mejora notablemente cada día, sino el reunir el número suficiente de jóvenes entusiastas que quieran seguir esa difícil y elevada senda? pues bien claramente expresa esta idea nuestro pedagogo cuando pregunta, «¿donde se hallarán hombres de talento e instrucción que quieran encargarse del trabajoso oficio de maestro de escuela?»

Y la solución que le da al problema es la misma que intentamos dar en el día, es decir que como los hombres del siglo XX pensaba Narganes que mejorando su triste condición social, que se consigue con la mejora en la formación y con la esperanza de bienestar económico, se lograría naturalmente atraer al campo de la educación personas capacitadas para esta difícil misión.

Propone que en los hospicios y casa de huérfanos se establezcan como escuelas normales, que preparen a los desheredados de la fortuna, para una función social que les proporcionará honor y provecho. Para su tiempo la idea no está mal, pero en este punto (como en otros muchos) la evolución realizada ha sido enorme y hay que reconocer que en el magisterio joven, que no peca de optimismo exagerado, se nota el fermento inquietante que en muy pocos años ha operado una transformación bastante apreciable de nuestras escuelas.

También a Jovellanos como a Narganes, le preocupa el problema de los libros y de los maestros, pero el fundador del Instituto Asturiano piensa que es la escuela, la que forma el buen maestro a medida que en

rar con tal proyecto, lo acogió con entusiasmos y consiguió de Godoy, no sin vencer inacabables contrariedades, que en la primavera de 1806 nombrase con la ayuda de Amorós una comisión que examinase los métodos pestalozzianos en la Escuela de Döbele y establecida en Madrid, y en la de Voitel, de regimiento de suizos creada en Tarragona.» (Pag. 367 de su obra *Pestalozzi, su vida y sus obras.*)

su evolución se vá haciendo mejor. «Reconozco de buena fé que asi como faltan buenos libros, faltarán también buenos maestros para perfeccionar esta enseñanza; pero no faltarán siempre. El primer cuidado debe ser multiplicar las escuelas, que aunque imperfectas, siempre producirán mucho bien. Al paso que se vayan logrando las buenas escuelas, producirán óptimos maestros. Más que ciencia y erudición, este ministerio requiere prudencia, paciencia, virtud, amor y compasión a la edad inocente» (pag. 599 de la obra citada).

A los doce años comienzan los estudios secundarios, porque a esa edad, dice Narganes, el niño tiene la suficiente robustez para poder sobrellevar los privaciones y disciplina de los colegios

Quiere que se establezcan colegios en número suficiente para que la instrucción secundaria no sea difícil para las clases acomodadas, pero no en tan gran número que por su excesiva facilidad convide a los hijos de los artesanos y labradores a abandonar el arado y los talleres para seguir los estudios.

Admite en estos establecimientos dos clases de alumnos: colegiales o internos y manteistas o externos.

Su plan de estudios secundarios tienen una notable semejanza con el que rige actualmente para los Institutos, siendo curiosa también la coincidencia de pedir para realizar esos estudios de enseñanza secundaria, seis años como en el plan vigente, pero llevándole la ventaja a este y a los últimos que para los Institutos se han dado en nuestra patria, de que el alumno comienza sus estudios con doce años y por lo tanto no termina hasta los dieciocho.

No se puede decir que el plan de enseñanza secundaria de nuestro pedagogo, esté inspirado absolutamente en los seguidos en Vergara o en Soréze, pues aunque naturalmente les sirvan estos de inspiración, los ha descargado extraordinariamente y reducido a aquellas disciplinas fundamentales, indispensables para un hombre verdaderamente culto.

Se estudiarán en esos colegios secundarios las matemáticas, desde la Aritmética hasta las de índole superior; Literatura antigua y moderna con nociones de Elocuencia; Elementos de Física experimental y Química; Historia, principalmente la nacional; Geografía y Estadística, latín y una lengua culta y por último Ideología y Moral, además del Dibujo.

Luego hace una distribución de este completo cuadro de asignaturas, pecando por el exceso de cosas que quiere que el muchacho aprenda en un tiempo relativamente corto.

La nota común a todos los que tratan de educación en esta época, es el afán de uniformar, de reducir a una unidad la diversidad de establecimientos y de planes de estudio que regían la instrucción de nuestra patria a comienzos del siglo XIX. Entre Jovellanos, Narganes y Quintana, hay

además una gran afinidad de ideas, sin duda porque la fuente originaria es la misma.

Jovellanos pide «que la enseñanza de las escuelas, universidades e institutos de todo el reino, se haga por un mismo método y unas mismas obras, para que uniformada la doctrina elemental, se destierren los vanos sistemas y caprichosas opiniones, que no tienen más origen que las diferencias de las obras estudiadas, y la arbitrariedad de los maestros en la exposición de su doctrina.»

Ideas parecidas expone Narganes; y Quintana en su informe al tratar de este asunto dice lo que sigue, y que como se verá difiere poco en el fondo y en la forma del párrafo que hemos copiado del gran asturiano: «El plan de la enseñanza pública debe ser uniforme en todos los estudios, la razón lo dicta, la utilidad lo aconseja y la Constitución lo prescribe... de no hacerlo así continuará la divergencia de opiniones, las disputas acaloradas e interminables a veces sobre sutilezas frívolas o ridículas.» Tanto Jovellanos, como Quintana dan a entender que esta uniformidad no se opondrá en nada al progreso.

Como consecuencia de esta aspiración a dar uniformidad a la educación en España, es la idea que expuso Narganes de Posada antes que Quintana, de la creación de un centro superior de cultura, revestido de una gran autoridad y que ambos han llamado: *Universidad central*.

Indudablemente el gran poeta y diputado doceañista, conocía el libro de Narganes, y ambos han tomado una gran cantidad de ideas (sobre todo Quintana) del filósofo Condorcet, cuya memoria presentada a la Asamblea Constituyente, tiene muchísimos puntos de contacto y analogías con el informe de Quintana, al que indudablemente inspiró.

Divide Quintana, como Narganes, la enseñanza en tres grados y una Academia o Universidad que estará al frente, con funciones fiscales para toda la enseñanza.

Un detalle que acredita a Narganes como pedagogo de tendencias francamente modernas, es la opinión que sustenta acerca de las vacaciones escolares; opina que los maestros si deben de tenerlas pero no los discípulos; a éstos en determinadas épocas del año «se les permitirá algún desahogo pero sin interrumpir del todo sus tareas».

Claramente nos expone su pesamiento en este punto, no quiere en modo alguno que el alumno interrumpa sus tareas y le parece mucho mejor dejar diariamente tiempo al alumno para el descanso y el recreo. ¿No es ésta la tendencia moderna a la que se refiere el señor Giner de los Ríos cuando nos habla del descanso y del modo frecuentemente absurdo con que acosuábramos a descansar?

Hemos dicho que Quintana tiene una gran semejanza en sus ideas con Narganes y sobre todo con Condorcet, a este se refiere cuando dice: «Es-

tas consideraciones de un matemático y filósofo acostumbrado a examinar y apreciar los progresos y efectos de la enseñanza pública»...

La instrucción primaria en Narganes y en Quintana, tienen muy escasas diferencias; la segunda enseñanza para el último prepara para las profesiones liberales y sirve para aumentar la cultura.

La segunda enseñanza debe ser dada en establecimientos denominados universidades de provincia, y en las que se cursarán tres grandes secciones de estudios, que en su conjunto no es otra cosa que el plan que antes hemos expuesto de nuestro pedagogo: matemáticas y Física, Moral y Política, Literatura y Arte.

Sin embargo hay una diferencia entre Narganes y Quintana, que hace aparecer a este último sin ninguna preocupación de clase social, es lo referente a la *gratuidad* de la enseñanza, principio tradicional en nuestras universidades y que Narganes no acepta porque tiene ya como político la preocupación del presupuesto del Estado y como modernista el afán de que las actividades más útiles a la nación no sufran menoscabo.

Narganes se ocupa por último del tercer grado de la enseñanza y dice: «el Gobierno debe establecer escuelas especiales para aquellas ciencias en que el bien de la sociedad exija que haya cierto número de personas instruidas a fondo: tales son el derecho, la medicina, el arte militar en todos sus ramos, con las demás ciencias que son auxiliares de estas.»

Tiene ideas muy acertadas sobre donde y como han de ser establecidas esas escuelas especiales y sobre los alumnos dice, que en este grado de la enseñanza vivirán ya libres, pues siendo ya ciudadanos no deben tener otra sujeción que las leyes del país y los estatutos de su escuela.

Coronando todos los estudios del Reino, piensa Narganes (y se ve que esta idea le inspira gran cariño) en la *Universidad Central* especie de Escuela politecnica, cuya organización conocía y que llama «una de las mejores instituciones de la revolución» y que al mismo tiempo tuviera el carácter de normal superior, es decir de centro para la formación del profesorado secundario y universitario de la nación, y de cuya gran institución además se elegiría un grupo de profesores que con su Director (Director general de estudios) formarían el *Consejo de instrucción pública*.

Termina sus cartas tratando de los libros elementales y muéstrase partidario de que los profesores dicten o expliquen sus lecciones de acuerdo con el programa que haya sido presentado al Consejo de instrucción. Se muestra partidario de que el alumno en la enseñanza secundaria y superior se haga *él mismo* sus libros.

Piensa que el Gobierno no debe intentar el monopolio de la enseñanza y por último termina su obra contestando a esta pregunta. «¿Podrán ser casados los maestros? Cuestión ridícula, que ni aún insinuarla hubiera querido, si el celibato de los maestros no tuviera a su favor tantos defen-

sores; como si el ser buen padre fuera un impedimento para educar bien los hijos de los otros; como si las buenas costumbres, tan necesarias en los maestros, no estuvieran más aseguradas con el matrimonio que con el celibato.»

Mucho más podría sacarse, de las innumerables ideas que contiene el pequeño libro de Narganes de Posada, del que puede señalarse como mérito principal, que ha entrevisto a comienzos del siglo pasado, toda la evolución mediante la cual, se iba a transformar en parte nuestro sistema de educación.

Narganes ha pasado desapercibido para la Historia de la Pedagogía española y si es verdad que su libro contiene algunos errores, también lo es que contiene ideas de mérito, muchísimas originales, que debían darle un sitio entre nuestros pedagogos. Su intención ha sido excelente, pues ardientemente y con todas clases de razones defiende la educación y lo que más puede despertar la simpatía del maestro que lea su libro, es que de sus páginas brotan dos grandes amores: la patria y la niñez. Para engrandecer la patria piensa como único y total remedio en la educación primaria, extendida a todos los ámbitos de la nación; para la niñez pide, a los que han de formar su carácter y su corazón, una disciplina suave, porque solo por el amor se logra educar a los que están llamados a ejercer la función de ciudadanos, y a engrandecer la patria.

Lástima que su biografía, no haya podido ser completada por la escasez de datos, pero de todos modos esta monografía que al cabo de un siglo, le ha dedicado un maestro modestísimo que con ella puso fin a sus estudios profesionales, es prueba segura de que otros compañeros con más medios y con mejores condiciones harán en tiempos futuros, trabajos más completos y por lo tanto más dignos de los méritos del pedagogo español.

ANTONIO GIL MUÑIZ.

Indicación de los libros y autores que han sido consultados para la realización de este trabajo.

- ALTAMIRA.—Historia de España y de la Civilización Española.
BLANCO (DON RUFINO).—Bibliografía pedagógica. Madrid.
BLANCO (DON RUFINO).—Pestalozzi su vida y sus obras. Madrid 1909.
COMPAIRE.—*Pestalozzi*.
DUCÓS.—Historia cierta de la secta de los francmasones su origen etc. Madrid 1813.
«EL UNIVERSAL».—Colección de periódicos. 2 tomos Biblioteca Nacional.
GIL DE ZÁRATE.—De la Instrucción pública en España. Madrid 1855.
GOROSTIZA.—Galería en miniatura de los periodistas, folletinistas y articulistas de Madrid por dos bachilleres y un dómine. Madrid 1822.
HARTZEMBUCH.—Apuntes para un catálogo de periódicos madrileños desde el año 1661 al 1870. Madrid 1894.

- INSTITUCIÓN LIBRE DE ENSEÑANZA.—Boletines de 1893, 1894, 1895 y 1897.
- LA FUENTE.—Historia de la Masonería.
- JOVELLANOS.—Instrucción pública. Madrid 1845.
- JOVELLANOS.—Poesías (tomo III Biblioteca clásica) Barcelona 1886.
- MESONERO ROMANOS.—Memorias de un setentón. Madrid 1880.
- NARGANES.—Tres cartas sobre los vicios de la Instrucción pública en España y proyecto de un plan para su reforma. Madrid 1809.
- OSSORIO.—Ensayo de un catálogo de periodistas españoles del siglo XIX. Madrid 1903-1904.
- QUINTANA.—Informe. Discurso de apertura de la Universidad Central (Obras completas). Madrid 1909.
- TIRADO Y ROJAS.—La masonería en España.
- WUNDT.—Fundamentos de Metafísica. Madrid 1913.
- ZULUETA (DON LUIS).—El Maestro.

